

Julio 1948 vol. 17 No 160-161
162

REPUBLICA DE COLOMBIA — DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

REPERTORIO HISTORICO

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

— FUNDADA EN 1903 —

REDACCION:

EMILIO ROBLEDO
PRESIDENTE HONORARIO

LUIS MESA VILLA
PRESIDENTE

JOAQUIN EMILIO JARAMILLO
VICEPRESIDENTE

LUIS SIERRA H.
SECRETARIO

MEDELLIN—JULIO—1948



Estatua del Mariscal Jorge Robledo, en la ciudad de Santa Fe de Antioquia.

Para continuar

Tras un lapso de dos años, aparece de nuevo el **Repertorio Histórico**, órgano de la **Academia Antioqueña de Historia**, quien completa con los presentes números el volumen XVII.

Entre las causas que han retardado la salida ordinaria de esta publicación, la principal ha sido la falta de medios para atender a su costo, pues aunque existe una Ordenanza en que se manda la edición del **Repertorio Histórico** en forma preferencial en la Imprenta del Departamento, dicho mandato no ha sido cumplido por el mucho recargo de trabajo en los obradores oficiales, según se nos ha informado cuantas veces hemos ocurrido en solicitud de la publicación. Por otra parte, el auxilio a que tiene derecho la Academia, se le retardó durante un año, y sólo en el presente se ha reanudado su pago. Esperamos que para bien de nuestra institución continúe la Academia beneficiándose de esta ayuda, y con ella el público que se interesa por este género de ilustración.

La presente entrega está casi totalmente dedicada a la conmemoración del cuarto centenario de la muerte del del Mariscal de Antioquia, Jorge Robledo. En ella podrá ver el lector las piezas que salieron laureadas en el Concurso literario promovido por la Academia con aquel fin, y otras, relativas al mismo asunto, con lo cual se ha querido mantener vivo en las gentes el recuerdo de los hechos gloriosos del descubridor de esta afortunada porción de la patria colombiana y fundador de la ciudad de Antioquia y de la villa de Santafé, en este Departamento; y de Anserma y Cartago en los Departamentos de Caldas y El Valle, respectivamente.

Medellín, 1948.

LA DIRECCION.

Acta Nro. 95

SESION EXTRAORDINARIA DEL 5 DE OCTUBRE, CELEBRADA EN SANTA FE DE ANTIOQUIA

En el Palacio Episcopal de Santa Fe de Antioquia, a las diez p. m. del día cinco de octubre de 1946, se reunió la Academia Antioqueña de Historia conjuntamente con el Centro de Historia de esa ciudad, con el fin de conmemorar dignamente el Cuarto Centenario de la muerte del Mariscal Robledo y de otorgar solemnemente el título de Presidente Honorario del Centro de Historia al Excelentísimo Señor Doctor Don Luis Andrade Valderrama, dignísimo Obispo de la Diócesis de Antioquia.

Asistió en el Solio del Salón Episcopal del Palacio el Excelentísimo Señor Obispo rodeado del Capítulo de la Basílica Menor y acompañado del señor Director de Educación Pública del Departamento y su Señor Secretario; del Seminario Conciliar, de los delegados de la Honorable Asamblea Departamental, del Honorable Concejo Municipal de Medellín, del Señor Alcalde y Honorables Concejales de Antioquia, de los delegados de la Alcaldía de Medellín, de otros distinguidos caballeros y de numeroso público.

Por parte de la Academia concurren los siguientes señores: doctor Emilio Robledo, don Gabriel Arango Mejía, don Enrique Echavarría, doctor Fernando Gómez Martínez, doctor Joaquín Emilio Jaramillo, doctor Jorge Ospina Londoño, don José Solís Moncada, don Abraham González, doctor Samuel Arturo Mesa y P., don Bernardo Uribe M. y el suscrito Secretario, y por parte del Centro de Historia de Antioquia asistieron

los siguientes señores: Canónigos doctor José Joaquín Elorza y don Angel Herrera, don Miguel Martínez Villa, don Arturo Velásquez y don Roberto Pardo. Se excusó el señor Canónigo don Eleázar Naranjo, por encontrarse en la población de Bolívar, de donde se dirigió telegráficamente asociándose a la conmemoración.

El señor don Miguel Martínez, Presidente del Centro de Historia de Antioquia, en galantes frases propuso que fuera nombrado Presidente de la sesión el doctor Emilio Robledo, pero éste se excusó manifestando que estando presente el señor Director de Educación Pública, era él quien debía presidir. El señor doctor Osorio agradeció la deferencia del doctor Robledo, pero insistió en que el doctor Robledo debía presidir, y así lo hizo éste en vista de tan gentil y obligante insistencia, que supo agradecer.

Abierta la sesión, el señor Canónigo doctor Elorza en bellas y sentidas frases hizo el elogio del señor Obispo, a quien entregó el Diploma de Presidente Honorario del Centro de Historia de Antioquia, y luégo después saludó en frases fervorosas a la Academia Antioqueña de Historia, y para terminar hizo un erudito estudio de la personalidad del Mariscal Robledo.

El señor Obispo en elocuentes palabras contestó al doctor Elorza e hizo votos por la prosperidad de la Academia Antioqueña de Historia y del Centro de Historia de Antioquia, a quienes prometió ayudar en sus iniciativas.

Acto seguido los señores Solís Moncada, Mesa y Posada, González y Uribe Muñoz presentaron las siguientes proposiciones, que fueron aprobadas por unanimidad:

1º—La Academia Antioqueña de Historia presenta un atento y respetuoso saludo al muy ilustre señor Canónigo Doctor José Joaquín Elorza Fernández, con motivo del cumplimiento y celebración de sus Bodas de Plata Sacerdotales celebradas recientemente.

te. Encomia su meritoria labor en la Diócesis de Antioquia, como catedrático y como Presidente del Venerable Capítulo, como Sacerdote y al mismo tiempo como discreto historiador del Centro de Historia de Santa Fe de Antioquia y como Socio Correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia. Le desea muchos años de vida para bien y progreso de la Patria, de la religión y de su ilustre Ciudad.

Al discutirse esta proposición, el señor Abraham González hizo un cálido elogio del Canónigo Elorza.

2º — La Academia Antioqueña de Historia presenta un respetuoso y comedido saludo al Excelentísimo señor Doctor Don Luis Andrade Valderrama, dignísimo Obispo de la histórica Diócesis de Santa Fe de Antioquia, ilustrado y virtuoso Prelado y Príncipe de la Iglesia Católica y Presidente Honorario del Centro de Historia de la ciudad de Santa Fe de Antioquia.

3º — La Academia Antioqueña de Historia deplora con verdadero sentimiento de sincero pesar la muerte reciente del doctor Rafael del Corral, socio correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia, socio de número del Centro de Historia de Santa Fe de Antioquia, ciudadano meritorio que ocupó importantes cargos en el Gobierno de la República y que prestó al país, al Departamento de Antioquia y a la ciudad de Antioquia, meritorios y valiosos servicios de progreso, de cultura y de patriotismo, que se recordarán siempre con verdadera gratitud en Colombia.

4º — La Academia Antioqueña de Historia presenta un atento y respetuoso saludo al señor Presidente del Centro de Historia de Antioquia y a todos sus distinguidos miembros de número y correspondientes, con motivo de la celebración del Cuarto Centena-

rio de la muerte del Mariscal Robledo, su ilustre y meritorio fundador.

5º — La Academia Antioqueña de Historia presenta un atento y respetuoso saludo al Honorable Concejo de la ciudad meritoria e ilustre de Santa Fe de Antioquia en la fecha histórica del Cuarto Centenario de la muerte del Mariscal Jorge Robledo y

6º — La Academia Antioqueña de Historia nombra miembro correspondiente al Excelentísimo Señor Obispo Doctor Luis Andrade Valderrama, ya que sus méritos le hacen acreedor y con su talento y espíritu de investigación será un baluarte en los estudios meritorios de la diosa Clío.

Al discutirse esta proposición, el Presidente doctor Robledo observó con muy buen acierto que para ajustar esta proposición a las disposiciones reglamentarias de la Academia sobre presentación de socios correspondientes, era mejor nombrar al Excelentísimo Señor Andrade Socio Honorario de la Academia, y así se hizo por unanimidad.

No habiendo otro asunto de qué tratar, a las 11 p. m. se levantó la sesión.

El Presidente,

Emilio ROBLEDO.

El Secretario,

Luis Sierra H.

Palabras del Sr. Obispo de Santa Fe de Antioquia

durante la sesión conjunta de la Academia Antioqueña de Historia, de Medellín, y del Centro de Historia de Santa Fe de Antioquia, con motivo del nombramiento que le hicieron dichas entidades.

Señores representantes del Gobierno, señores Académicos, Miembros del Centro de Historia, señores y señoras:

Mucho honor me dispensan la Academia de Historia de Medellín y el Centro de Historia de esta hidalga ciudad, al nombrarme hoy su miembro honorario y presidente honorario respectivamente, y colocarme así en medio de celosos guardianes y atalayas de una ciencia que es la vida de las colectividades y la savia que nutre en los corazones el noble sentimiento del amor a la Patria, amor que en frase de Tucídides "es de toda cosa su misma naturaleza".

La Patria y su historia son la fuente purísima de elevados sentimientos e inolvidables emociones, porque la Patria son los héroes, son nuestros antepasados, y representa el honor de nuestro suelo y de la tierra que nos vio nacer. Por eso es digna de todos los obsequios posibles en sus hombres, en sus bienes y en la conmemoración de los sucesos, prósperos o adversos, que forman el desarrollo de su vida, como lo acaba de demostrar el doctor Joaquín Emilio Jaramillo en elocuentísima oración sobre el Mariscal fundador de esta ciudad.

Desde la niñez, en el hogar y en la escuela, todos aprendimos ese amor y veneración, y lo hemos ido aquílatando hasta convertirlo en esa devoción a la Patria que Napoleón I llamaba la primera de las virtudes.

La historia de Bucaramanga, mi ciudad natal, se puede decir que comienza con los fastos de la Independencia. Allí cada hogar y cada escuela ha sabido ser un santuario en donde arde el fuego sagrado del fervoroso patriotismo, apreciado como la ley de gravedad de la conciencia ciudadana para presidir el desarrollo íntegro de la cultura y del progreso.

* * *

¿Quién no recuerda emocionado las escenas de la niñez que comenzaron a vincularlo a ese sentimiento de comunión que forma como una gran familia con todos los sometidos a unas mismas leyes dentro de un mismo Estado?

Permitidme, señoras y señores, hacer alguna evocación. Mi amor a Colombia se inició con el oír los nombres de Bolívar, el Genio de la guerra; Santander, el Genio de las leyes; Custodio García Rovira, los Comuneros y Antonia Santos. Mi alma contempló entusiasmada el descubrimiento, en la plaza de San Laureano, de la estatua del prócer García Rovira entre el ardor de las proclamas, estallido de cañones, toque de dianas, flotar de banderas y las armonías de nuestro himno nacional.

Otro momento inolvidable de mi niñez fue la llegada al Puente de Boyacá, junto con mi padre. Una verdadera ansiedad se apoderaba de mi espíritu a medida que nos aproximábamos al célebre lugar en donde quedó sellada la Independencia. Mi padre iba haciendo explicaciones muy animadas sobre personajes y detalles. El alma de la Patria invadía nuestros corazones en el momento en que el glorioso campo apareció ante nuestros ojos. Entonces, en actitud reverencial, me tomó de la mano, y, como si entráramos a un templo, nos

fuimos acercando silenciosa y devotamente hasta llegar junto al sobrio monumento, para contemplar sus severas estatuas y sus lápidas con nombres de soldados. Estábamos, en verdad, ante el santuario de nuestra libertad!

La ciudad de Bogotá, en donde permanecí varios años consagrado al estudio, me brindó preciosas ocasiones para intensificar el conocimiento y amor de la Patria. Allí, conociendo tesoros históricos en templos, archivos y museos; admirando monumentos en plazas y calles y asistiendo a fiestas nacionales, se fue ensanchando mi juvenil corazón para apreciar y venerar todavía con más ardor la grandeza de la Patria y la gloria de sus héroes en la Conquista y en la Independencia.

* * *

El amor al pasado y el aprecio de sus hechos y valores, en cuanto ello representa la vida de la Patria, aprendido todo desde el hogar, hizo que especialmente fuera grande mi complacencia al tocarme en suerte venir a regir los destinos espirituales de la Diócesis de Antioquia, cuya capital es la ciudad del Mariscal Robledo, la ciudad madre por su historia; cofre de preciosos tesoros en sus archivos, monumentos y tradiciones; y gloriosamente vinculada al origen del pueblo antioqueño, que va a la avanzada de la construcción moral y material de la grandeza patria.

* * *

Para cumplir lo que considero un deber para con la histórica Diócesis a mi cargo y para con mi afición por las investigaciones de la Historia Patria, he emprendido la tarea de publicar un Anuario cuya parte principal será la interesante historia eclesiástica, muy vinculada con la civil, de esta Diócesis antioqueña. Para ello he tenido la fortuna de tener asegurada la colabora-

ción de varios distinguidos miembros del Centro de Historia de Antioquia, como son los señores Canónigos Elorza, Naranjo y Herrera, y el entusiasta investigador don Miguel Martínez, y de poder utilizar los interesantes trabajos realizados por el difunto padre Francisco Luis Toro, quien fue estudioso incansable de los valiosos archivos diocesanos. Los trabajos del Anuario están muy adelantados, y será para mí motivo de gloria y satisfacción poder bien pronto presentar la edición en la forma más completa.

* * *

Mucho me complace la presencia en este acto de los alumnos del Seminario Conciliar. Va para ellos una fervida exhortación a amar el estudio de la historia, la investigación científica y la asidua lectura de los escritos que frecuentemente publican los Centros y Academias de Historia que hay en el país. La investigación histórica ha sido un campo en el cual miembros eminentes del clero colombiano han trabajado con brillante contribución al progreso de la bibliografía histórica nacional.

“El que no conoce la historia — decía Cicerón — toda su vida será un niño”. Amad, por lo tanto, ese estudio, jóvenes seminaristas, acordándoos de la frase de Cervantes: “La Historia es cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad”.

Dedicarse a la investigación histórica, es consagrarse al culto de la verdad en una de las formas más útiles al género humano, según lo declara Bossuet: “Es la Historia el grande espejo de la vida humana, que instruye con la experiencia y corrige con el ejemplo”.

En los miembros de la Academia Antioqueña de la Historia y en los del Centro de Historia de Antioquia, tenéis, alumnos del Seminario, modelos para vuestros estudios y maestros del bien decir, y de ese especial gé-

nero histórico que no puede asimilarse a la falsificación de moneda, sino que debe sobresalir por la veracidad, la puntualidad y la ausencia de apasionamiento, de tal manera que, como dice el citado Cervantes: "Ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir".

* * *

Señores académicos y miembros del Centro:

Será para mí un inolvidable recuerdo el que haya sido precisamente este día, en el cual todo el pueblo antioqueño honra la memoria del Mariscal Jorge Robledo, guerrero que no conoció lo imposible porque tuvo un corazón valeroso, y padre glorioso de ciudades, el que hayáis escogido para hacerme el honor de pertenecer a vuestras asociaciones afamadas en la República y en el extranjero. Os quedo profundamente agradecido, así como al muy digno vocero del Centro, el M. I. señor Canónigo Dr. José J. Elorza, por sus abrumadores conceptos.

Todo ello, de mi parte inmerecido, será un estímulo para seguir activando las investigaciones históricas, y lo quiero considerar también como un premio a mi afecto hacia esta noble ciudad de Robledo, en la cual cada templo, cada calle y cada mansión evoca la gloria de esta cuna de la raza que hoy, agradecida, rinde homenaje a su fundador.

He dicho.

Ciudad de Antioquia, octubre 5 de 1946.

El Mariscal Jorge Robledo

Oración pronunciada por el doctor Joaquín Emilio Jaramillo en la ciudad de Antioquia, el día 5 de octubre de 1946, con motivo del cuarto centenario de la muerte del glorioso Mariscal.

Excelentísimo señor Obispo y V. Capítulo; señor Director de Educación Pública; señor Presidente de la Academia de Historia; señores:

Corría en el año de 1546 su día 5 de octubre, cuando dos expediciones de conquista, encontradas en La Loma de Pozo, presenciaron con asombro el suplicio a muerte del Mariscal Jorge Robledo, uno de los capitanes de más glorioso penacho en la gesta de la Conquista Americana. Allí sufrió muerte de ignominia el que dio vida a ciudades, porque lo quiso el gobernador y adelantado Benalcázar, como para que no faltara una eterna y densa sombra en su arrebolada carrera de denodado expedicionario y de experto fundador de centros que hoy son capitales de República y Departamentos: tales Quito, Cali y Popayán.

Y es el recuerdo que a través de cuatro siglos debe la gratitud póstera a ese episodio trágico y fatídico, lo que ha impuesto a la Academia Antioqueña de Historia el deber impostergable de acercarse a este sitio, a esta ciudad, que atestigua una de las jornadas más brillantes en la meritoria vida del atormentado Mariscal.

Anserma, Cartago y Santa Fe de Antioquia, fundaciones suyas en una vertiginosa actividad de tres años consecutivos — 1539, 1540 y 1541 — yérguense hoy

como un tríptico glorioso en la obra del egregio fundador, y desde su existir de cuatrocientos años, alzan himno de honor a su memoria.

* * *

La epopeya homérica de la conquista americana trae sus perfiles de arriesgada, atrevida y temeraria desde cuando, tras el regreso a la Península de las carabelas victoriosas del 12 de octubre, nuevos barcos se desplazan de Cádiz y otros puertos españoles, en busca de lejanos territorios que ofrecer a la Corona y en persecución de la eterna ilusión de la conquista: el vellocino de oro, el misterioso Dorado, perseguido a impulso de esa sed sacrílega que el poeta mantuano maldecía y en pos del cual anduvieron delirantes en estas Indias los nuevos argonautas, sin que el quimérico tesoro se dejase alcanzar de sus audaces perseguidores, quienes, no obstante, seguían presintiéndolo en la contemplación deslumbrante de los anillos, ajorcas y colgantes en las danzas de la tribu.

Pero fuese por un móvil o por otro, por este o por aquel estímulo, — el engrandecer los dominios ultraoceánicos del Monarca, o el anhelo del tesoro misterioso, más quizá por éste que por aquél — los arrojados caudillos de la conquista, desde al poner a flote sus navíos, empezaban a habérselas con el azar de los peligros; y, así, apunta un célebre escritor español de fines del siglo pasado, lo siguiente, como información verídica al respecto:

“Generalizada la navegación de las Indias —dice— ninguna persona embarcaba sin haber hecho testamento y sin confesar y comulgar la víspera. Las instrucciones y ordenanzas de los capitanes generales hacían obligatorio lo último para los hombres de mar y guerra, encomendándoles fueran a bordo en estado de gracia, pues que habían de ir en peligro de muerte; prohibiendo durante el viaje pecados públicos, blasfemias, juegos de-

masiados, hacer ni decir cosa contra el servicio y honra de Dios y el Rey”.

Y no díganse extremadas tales exigencias precautorias, si se piensa que esos bravos marinos se lanzaban al infinito misterio del océano cuando no mucho hacía se estaba solamente a la navegación comercial de cabotaje, y que las velas de sus naves ora podían dirigirse a uno, ora a otro extremo de la rosa, según las esponjara uno u otro viento, aunque sí tenían ya la brújula como instrumento náutico del rumbo y entendían también de medir las latitudes.

Llegados a tierra del mundo recién inventado en la soledad profunda de los mares, los conquistadores se hallaban en un medio de aventuras y de lances guerreros que sometían a dura y brava prueba su heroísmo, su crueldad, su carácter caballeresco y su ánimo, o, más bien, su virtud de deposición y sacrificio. La tierra que pisaban exultaba salvaje feracidad y sus poros transpiraban una fiebre de vida agreste y hostil, insoladora. Y así como el hombre no puede faltar en el paisaje, allí hallaban la tribu, el indio simulador y astuto, de una ferocidad antropofágica, idólatra y supersticioso, que ofendaba a sus divinidades víctimas humanas sobre sus dólmenes sangrientos, y se diezmaban unos contra otros en espantosas carnicerías. Pero también, por distinta condición, el aborigen, ingenuo e ignorante, veía en la figura imponente y rara del invasor una especie de sér digno de culto como sus ídolos y le contemplaban, tímidos, vueltos al cielo los ojos y los brazos, para luégo entregarle sus joyas y láminas de oro puro por baratijas de ultramar y se quedaban convencidos de haber engañado al español.

En su empresa tortuosa el conquistador seguía adelante por valles deletéreos, abriéndose camino contra rocas, malezas y serpientes; oprimido por el hambre y la fatiga en la aguda canícula, bajo el cimborio majestuoso de la montaña abrupta, o extraviado a veces dentro de penalidades dantescas, según lo evidencian verí-

dicas narraciones, como la del cronista Fray Pedro Simón, según cuyo relato, "hallándose Alfínger en las orillas del Magdalena, decidió remitir a Coro la cantidad de oro recogido, calculada en 30.000.00 pesos, y dispuso para ello una comisión de veinticuatro hombres al mando de un capitán. Extraviáronse a poco, y, acabados los bastimentos, ya en el extremo del hambre, enterraron el oro al pie de un árbol para volver a buscarlo en mejor ocasión; mas, como sus fuerzas les faltaban del todo, acordaron, y al efecto lo hicieron así, de ir matando de los pocos indios e indias que les habían quedado de servicio, e írselos comiendo, cada día el suyo. Dividiéronse luégo unos de otros, por temor de que el hambre les obligase a matarse entre sí".

*
* *

Conocidos así el genio ambicioso y altivo de los conquistadores, y el tórrido teatro y áspero en que venían a actuar, bien puede explicarse la continua concurrencia de bienes y de males que ofrecen los episodios de la conquista. De un lado la obra evangelizadora; la tarea sacerdotal de darles un acentuado contenido de piedad, de fraternidad, de caridad, a los métodos de reducción y atracción de los nativos al conocimiento de una diivnidad superior, en cuyas enseñanzas habrían de vivir conforme a mandatos de amor y de justicia, sin la sangre de humanos holocaustos ni el rito tenebroso de supersticiones y de esotéricas crueldades; de otra parte obran, como razón de censura al conquistador, la forma violenta, opuesta a la natural apatía de la tribu. Esos guerreros peninsulares querían someter duramente al aborigen. Llenábanlo de pavor en el combate con la embestida famélica de los perros y el ciego galopar de sus corceles, los famosos caballos de la conquista, paramentados con lujosos arneses españoles y que formaban un solo sér con el amo, en sentir de los nativos, que así creían hallarse combatidos por genios superiores, no por

hombres mortales como ellos. Y este es el indio, que, azorado y errante, como dice el señor Caro, vaga después de la derrota con los hijos puestos al seno, o gime esclavizado por el duro encomendero.

No todos, en verdad, los conquistadores, prefirieron la violencia y crueldad en sus empresas. Contra un Ampudia que tala, incendia y roba a su paso cuanto puede, sanguinario, sin freno, en pueblos pacíficos; contra un Añasco que por pequeña falta de obediencia que advierte en un jefe indio, le arroja a que acabe en una pira; contra ejemplares como éstos, no faltan un Lorenzo de Aldana, fundador de la primitiva Pasto, noble y mesurado de carácter, que al morir anciano en Arequipa, instituyó herederos a los indios que le habían correspondido en los repartos, y, como hombre justo, fue llamado padre y ordenador de las provincias que estuvieron bajo su gobierno; o como un Gaspar de Rodas, generoso, amable y ajeno a la venganza; y así también Robledo, que se acerca a la tribu sin atuendo de guerra, brindándoles amistad y protección a sus personas y a sus bienes y reprimiendo en sus súbditos todo acto de dolo o de oprobio contra los naturales.

Y éstos, por su parte, pacíficos a veces, se entregan atemorizados, a la sola vista del invasor, a tal punto que el terror los hace huír desesperados y ahorcarse con sus mantas, como anota Uribe Angel; mas en otros resguardos son altivos y resisten al atropello de sus bienes, objetando, si les hablan en nombre del Rey, que ese Rey no había plantado esos cultivos, ni había trabajado esas labranzas, ni construído sus tambos, ni guardado las tumbas de sus jefes. Y guerreaban entonces, encendidos en el aliento de la naturaleza, que sentían de cerca; mirando en el extranjero una especie de serpiente metida en el huerto ancestral donde sus padres habían vivido tranquilos en casta desnudez y sin pecado; y, al fin, vencidos, lloran su edén perdido o se vuelven soberbios e indomables a la lucha, como aquellos del valle del Anáhuac que dieron a Cortés su noche triste, del

5 al 6 de julio de 1520, cuando el egregio caudillo, de quien se ha dicho que en el acometer, en el prevenir y proveer no tiene rival entre los héroes de la conquista americana, tuvo que abandonar la residencia del "gran Moctezuma de la silla de oro" y salir fugitivo, rompiendo la calígne por lagunas y caños, sobre puentes falsos y tablas flotantes y aun sobre cadáveres de su hueste, para caer después bajo el árbol solitario, la cabeza hundida entre las manos, el pecho acribillado de suspiros y los ojos vencidos por el llanto.

Dado, pues, el medio hostil que hombres y naturaleza le oponían a la penetración foránea, y sin perder de vista el acopio de bienes que dejó para ambos mundos la conquista, los caracteres de violencia y crueldad que la acompañan fueron, en críticos momentos, excusables en parte ante el examen histórico, que mira en esa obra el cumplimiento — en todo proceso humano de hechos trascendentales — del plausible propósito que, desgraciadamente, para actuarse, transita por caminos de dolor, según lo dijo hace siglos la sentencia: La humanidad avanza padeciendo. Contemplada así la gesta de la conquista, ofrece los perfiles de una exaltación de la energía tradicional del pueblo y de los hombres que la realizaron. Ella enriqueció la Corona de España, en un período de tres lustros, con el dominio del más vasto territorio colonial en el correr de los siglos, y al mundo entero le trazó rutas ignoradas y le mostró horizontes abiertos al valor y la constancia, y ámbito propicio fue creado hacia dónde desplazar las actividades de la ciencia y la industria y de dónde obtener abundantes y valiosos elementos de progreso, pues la conquista americana fue de proyecciones ecuménicas por lo sorprendente y eterno de sus revelaciones.

Además, como escribe Castelar, el descubrimiento imponía la conquista; la conquista no se concibe sin la guerra; la guerra sin violencia; la violencia sin estrago, ni el estrago sin ruina y desolación. Y el mismo elocuentísimo tribuno y profundo historiador recusa a los

enciclopedistas del siglo XVIII, que echaban sobre España la nota nefanda de su crueldad en la conquista, recordando a los censores que ellos prepararon, sin saberlo y sin quererlo, la cristalización de sus ideales de libertad y democracia, cuando tiñéronse Sena y Ródano con la sangre que destilaba la guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon.

En resumen:

El tiempo, el lugar y las personas, como factores que es de justicia ponderar en la faena de la conquista; las condiciones étnicas, las costumbres de los pobladores de la tierra descubierta; la ambición de gloria y oro del caudillo venido de la Península; el señuelo del tesoro misterioso oculto en un sitio donde dizque encubríanse estatuas de oro de tamaño natural, y la leyenda del cacique soberbio y arrogante que guarece su desnudez con un manto de oro en polvo y luégo se despoja de él lanzándose a la laguna; los ídolos macizos guardados en las arcas funerarias; la resistencia, a veces agresiva, del indio; la altivez del extranjero, y otras circunstancias no ajenas al crítico y al investigador históricos, y, sobre todo esto, los benéficos fines perseguidos y alcanzados en la magna odisea de la conquista, explican, humanamente hablando, todos los actos cumplidos en esa escabrosa y soberbia cruzada que rescató para la humanidad civilizada y católica un mundo sumido en la superstición y la ignorancia y le enrutó a alturas en que explenden su nombre y su grandeza al igual con los pueblos del otro Continente.

Queda, después de todo, recogida y eternizada por la historia, la grandeza procera de ese grupo de bravos exploradores, cuyo áspero y cruento transitar por la agria y rebelde topografía de este Departamento, quedó perpetuamente señalado por pueblos y ciudades que al través de los siglos ensalman en sus himnos locales, desde el valle, la cuchilla o el risco, la memoria inmortal de sus gallardos fundadores.

Y entre éstos fulge la figura de Robledo con perfiles de grandeza indiscutible.

Su odisea se inicia desde que, en una de esas flotas que seguían las rutas de Colón, acompañó la expedición comandada por Don Pedro de Alvarado en 1528. Después, el futuro Mariscal, cuya familia era conocida en España desde tiempos anteriores al descubrimiento, como "hidalgos por su origen y noble por sus hechos", empieza su carrera en el Perú al lado de Pizarro y acompaña más tarde a Benalcázar en la fundación de Quito. Entra en territorio de Colombia y, jornada por jornada, va descubriendo las tierras en que hoy prosperan varios municipios del norte de Caldas y del sur y suroeste de Antioquia. Funda las tres ciudades ya nombradas y finaliza su éxodo agitado cuando, a pesar de sus insistentes mensajes de paz a Benalcázar para lograr dirimir buena e incruentamente sus diferencias sobre términos jurisdiccionales con el dicho gobernador, éste le sale en armas y logra sorprenderle en un risco del actual distrito de Pácora. "En sus diferencias con el Mariscal —dice Otero D' Costa en el prólogo a la reciente y brillante obra del doctor Emilio Robledo— el férreo don Sebastián de Benalcázar, echando a mala parte todo sentimiento de piedad y toda brizna de razón, alzó el puño de pedernal sobre la cabeza de su antiguo compañero, amigo y servidor, y, cual si se tratara de un cualquier soldado, sin conmiseración ni compasión alguna le sentenció a vil garrote y, como si esto no fuera bastante, hizo luego degollar el cadáver".

Jamás Robledo manchó la gloria de su empresa de conquistador y constructor de pueblos con la sombra siquiera de un exceso criminal en sus campañas, bravas y combatidas como pocas; ni carga su nombre ante la historia con el fardo ignominioso del cómitre cruel y vengativo; ni la sangre vertida en sus encuentros con la tribu enardecida y tumultuaria alcanza a empañar el brillo metálico de su armadura, ni salpica su altanero penacho de héroe sin miedo y sin tacha, a lo Bayardo, en

bélicas acciones que no siempre le fueron victoriosas. Puede haber tenido y tuvo, en verdad, como humano, y más como guerrero y hombre de gobierno, defectos y caídas, pues ni sus biógrafos más benévolos le eximen del apetito, quizás exagerado, de dominio territorial. Fue también ambicioso; pero su pasión por este aspecto no fue mezquina, mucho menos sórdida. Alentaron sí en su ánimo el anhelo de ver fulgir su nombre aureolado con el reconocimiento de sus actos de constancia, de arrojo y sacrificio, y la aspiración de blasonar el nombre de su patria, enriqueciendo sus dominios de ultramar con el aporte de sus conquistas y fundaciones. De allí su señera altivez de soldado fiel y de gobernante acucioso, que le impeliera a no dejarse usurpar ni una pulgada de jurisdicción, en lo que consideraba legalmente titulado dentro de ella.

Por lo demás, no le arredraron el peligro y la fatiga en largas jornadas de exploración ni en sus marchas de invasor; ni le venció el desaliento, en veces, de los suyos, aunque siempre estuvo atento a sus indicaciones y consejos. Finalmente, en el lance postrero no se le oyó queja, ni siquiera brotó de sus labios palabra de congoja, aunque le apretaba el corazón, como el mismo dogal que por momentos esperaba, el recuerdo de su esposa. Hizo testamento; pidió ponerse en paz con un confesor; elevó tranquilo su última plegaria, y, mortificado no ya por la muerte misma que se le infligía sin justicia, sino por la forma degradante e injuriosa para su condición de caballero, acabó por aceptarlo todo; y sus palabras finales fueron tales como estas, dirigidas a sus verdugos que le urgían al suplicio: "Haced lo quisieredes y máteme quien mandáredes". "Como esto dijo — refiere el cronista Cieza de León — tomó él mismo el garrote y lo puso en su garganta, pidiendo perdón a Dios Nuestro Señor y lo mismo a todos los que de él habían recibido algún daño, llamando en su ayuda a Nuestra Señora, su benditísima Madre, con ánimo valeroso y allegado a gran sér y cristiandad sin hacer mun-

damiento en su persona, ni señal de tristeza en su rostro, teniendo en poco la muerte, pesándole por lo que a Dios en la vida había ofendido, se arrimó al estante de la casa y el verdugo dio una vuelta al garrote y diciendo que perdonaba a los que le mataban y que pedía a Dios perdón de sus pecados, fenesció”.

Así concluyó la gloriosa carrera del gran conquistador — el más meritorio de cuantos anduvieron en Antioquia — en suplicio cruel, inhumano y afrentoso que aceptó estoico, aun sabiéndose injustamente sentenciado, pues él mismo lo dijera poco antes: “Matarme quieren sin falta”. Padeció sí hasta el último instante por la desolación de su abnegada compañera que le amó como héroe y como varón de alcurnia, de sangre y de sentimientos, hasta dejar, por seguirle, sus cármenes y vergeles españoles para sufrir con él las tribulaciones y peligros de aquellas titánicas empresas del fundador de Anserma, Cartago y Santa Fe de Antioquia.

Sí, don Jorge Robledo, esclarecido padre de ciudades que escuchan en la hora vespéral, o en el hondo silencio de la noche, voces atormentadas de tragedia que, en onda funeraria, vienen desde el alto fatal de tu suplicio, como si tu sombra augusta y tutelar siguiera insomne al pie de la obra de tu esfuerzo, ¡oh gran conquistador y fundador, insigne Mariscal de Antioquia!

¡Honor a tu destino y a tu gloria, con sangre de martirio consagrada!

Joaquín Emilio Jaramillo.

Elogio fúnebre del Mariscal Jorge Robledo

Oración pronunciada por el R. P. Juan Botero Restrepo.
en la Catedral Metropolitana de Medellín, el 5 de
octubre de 1946.

**“Dominus tecum, virorum fortissime.... Va-
de in hac fortitudine tua.... Ego tecum ero”.**

(El Señor es contigo, oh varón muy vale-
roso. Marcha lleno del valor que te anima.
Yo contigo estaré). (Capítulo sexto del Li-
bro Sagrado de los Jueces, versículos 14 y
16).

Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo; Ilus-
trísimo señor Gobernador del Departamento; señores
Miembros de la Academia de Historia, señores:

Cuán necio y presuntuoso fuera yo en este instan-
te, si quisiera equipararme con aquellos varones tan pre-
claros que, en los años mejores de la Historia, emprendieran la misión laudable de hacer elogio de glorias
fenecidas, movidos sin duda por cristiano y piadoso sen-
timiento de exhortación y de ejemplo. Y qué inferiores se sienten mis labios a los de aquellos oradores fu-
nerarios, tan grandes y sublimes, como fueran Basilio y Gregorios, Ambrosios de Milán y los Benignos, los obis-
pos guadinos, y finalmente los nuestros Carasquillas, que desde tiempos remotos, interpretando las sacras tra-
diciones de la Iglesia, presentes se hicieron ante la tum-

ba abierta de varones grandes, a fin de enaltecer las inmarcesibles grandezas de la vida eterna, demostrando lo vano de la humana gloria.

Me encuentro en este lugar, porque ha sido costumbre en esta Patria enaltecer los grandes valores humanos de la Historia, y recoger los rasgos salientes que en vida trazaran con la virtud y el ejemplo. Y cuando pienso que el orador colombiano ocupara con decoro la cátedra sagrada, a fin de enaltecer los méritos y valimientos de espíritus tan recios, como fueran Nariño y los Ortices, Holguín y Caro y Miguel Antonio, Rafael Núñez y Manuel Mosquera, no parece que sea ajeno al lugar ni al momento enaltecer sobriamente la figura mariscal del gran Robledo, a cuyo soplo creador vinieran a la luz los nuestros pueblos, y surgieran conglomerados sociales tan importantes como Cartago y Ansermas, Santa Fe y las Antioquias, y a cuyo paso avasallador rindieron íntegros sus efectivos, tribus guerreras tan indómitas y altivas como eran las que entonces poblaban las breñas de esta cálida montaña.

Al aceptar el encargo, que cumpla muy a gusto, de llevar la palabra ante un auditorio tan selecto, y en un momento tan grande, tan lleno de sobriedad y tan solemne, por más de una vez al preguntarme por la causa y razón de mi presencia en este sacro recinto, ocupando en un momento de responsabilidad histórica la cátedra de Dios, no he podido encontrar razón distinta de mi amor tan inmenso por la Patria, y de la promesa muy seria de servir los intereses de la Academia de Historia, cuyos miembros honorables me han honrado al nombrarme para llevar en este instante su palabra, haciendo sincera la glorificación del gallardo Mariscal de recia figura, resoluciones indómitas y temperamento invencible; que de modo espiritual se hace ahora presente entre nosotros, admiradores fervientes de sus glorias.

Las figuras austeras pero colosales de los mejores valores de la Conquista, aparecen por sí solas ante la mirada serena del historiador revestidas de militares

grandezas y coronadas de inmarcesibles glorias; mas cuando en ellas, en conjunción admirable con el poder de la espada, se hacen claros los profundos valores de la moral y el espíritu, sí que entonces es cierto que las lumbreras inagotables que irradian enardecen el alma de la Patria y los hacen más buenos y estimables, en presencia de Dios y de los hombres; tal es el caso preciso del Mariscal antioqueño, cuya admirable fisonomía espiritual ocupa nuestra mente en este instante solemne, en que hace precisamente cuatro centurias su sangre vierte a torrentes, para regar las lomas del Pozo, y consagrar para siempre la Conquista y el descubrimiento de esta tierra tan grande y tan inmensa.

El hijo de la noble cuna.

Jorge Robledo, hijodalgo muy noble de solar conocido y casta amable, viene al mundo en suelo andaluz, en Ubeda, primorosa aldea, notable por sus monumentos y árabe por fundación, en provincia de Jaén, de manera probable en los años primeros del siglo dieciséis.

La Historia nos lo muestra muy joven en guerras en Italia, enfilando en las huestes imperiales, luchando luégo contra Francisco el Primero, y más tarde en guerras contra Florencia; mas aunque levantado en la lucha, no descuida educarse de acuerdo con su rango y es así como llega a formarse una conducta humanitaria, en un siglo que "es humanista, pero inhumano" en decir de un célebre escritor.

De regreso a España aparece relacionado con Pedro de Alvarado, bravo teniente del Cortés, que acaba de descubrir y fundar a Guatemala, y ha regresado a informar a la Corona de todas sus hazañas, y por él estimulado, embárcase Robledo con rumbo a Veracruz, en Nueva España, aunando su suerte con la de otros sujetos de valía, cuyas virtudes guerreras ya han sido puestas a prueba al contacto de las armas. Por los años de 1528 y 29 lo vemos en tierras de Galicia Nueva, cola-

borando en la conquista de Zacatecas y Guadalajara, y más tarde en dirección al nuevo San Luis de Potosí.

Embarcado hacia el Perú, no sé ciertamente si con Benalcázar, inicia su contacto con los pueblos de esta América australiana, tomando parte activa en la fundación de Quito, y poco después haciendo parte de los hombres llevados por el Adelantado Español, para extender sus dominios hacia el norte, "todos ellos gentes de lustre", en sentir de Fernández de Piedrahíta. Robledo figura ciertamente en la lista de fundadores de Popayán y de Cali, en asocio de Benalcázar, y en una y otra ciudad desempeña el Comando Municipal, reemplazando así a Añasco en la Alcaldía de Cali.

El padre de ciudades.

Descubierta y entregada a la Corona la tierra del alto Cauca, y conquistados para España dominios anchurosos en el sur, Robledo siente anhelo profundo de adelantar conquistas propias, y, sirviendo de comandante a una centuria de gallardos hombres, da comienzo a la etapa decisiva que consagre su nombre en los Anales de América, y corone sus campañas con el título glorioso de Mariscal de esta Antioquia, con que puedan llamarlo las gentes de cuatro siglos. En adelante sus aspiraciones creadoras recibirán forma concreta en el levantamiento de pueblos y ciudades a su paso de triunfo por entre espesas montañas, y al andar cada trecho irá dejando regada la semilla colonizadora, que a su llamado haga nacer los poblados nucleares de las provincias occidentales. El inicio de esta jira de victoria aparece marcado en los anales patrios con fecha de julio 14 de 1539.

En dirección al norte del Cauca, y en tierras hoy de Caldas, el soplo generador de Robledo entrega a la Corona de España el pueblo ya formado de Santa Ana de los Caballeros, y esta primicia pobladora, al ser más tarde trasladada al valle umbroso, habrá de apellidarse

Anserma y se alzará dominante, sobre empinada sierra, rodeada de pajizas chozas, aderezada con bellas sementeras, y alegrada con la presencia de bestias y ganados.

Seguidamente serán reconocidos terrenos de Camamanta y de Buriticá, y más tarde la parte baja en las selvas del Chocó; son dominadas las tierras de Guatica, y sus enviados ponen pie en yacimientos de Atrato, de San Juan y Darién, y se dejan oficialmente autenticados los valles umbrosos de Risaralda y Apía.

Improvisando paso en el Cauca por la garganta de Irra, Robledo y sus tenientes abren paso hacia Neira y Salamina; por vez primera se pone planta en las alturas de Pozo, do más tarde entregue su vida a los odios del Adelantado. Allí mismo recibe heridas fuertes que hacen temer por su existencia y amenazan suspender las conquistas iniciadas.

Entre flechas y ataques de los indios, el viaje sigue su rumbo hacia las tierras de armados, donde más tarde surja altiva la villa de las Armas. Se explora el Cauca abajo, y las tropas que han tomado las vías de Zenufana, llegan a tierras del cacique Tiribí. En recorrido tan largo, han sido ya descubiertos los territorios inmensos de Aranzazu y Salamina, Pácora, Aguadas y Sonsón, Abejorral y Santa Bárbara, Fredonia y Titiribí, para luégo hacer regreso a Chinchiná y Santa Rosa de Cabal.

Es entonces cuando la potencia genitora de Robledo, besando las playas del Cauca y las vegas de la Vieja, y andando en tierras de los ochenta caciques, levanta su espada triunfadora, y pone por testigo a su escribiente de que en nombre del Monarca funda el pueblo de Cartago, en las mañanas primeras de agosto de 1540. La tierra, madre amable, le ofrenda un nuevo hijo, y la aureola de fundador de ciudades, con nuevas piedras preciosas de un todo va ciñendo sus sienes mariscales.

En nuevo viaje hacia el norte se reconocen de nuevo las tierras de Bolombolo, de Amagá y las de Fredonia, y las salinas de Guaca, y se baja a los dominios del

cacique Bitagüí, donde hasta entonces se desconocen los hombres de lengua barba. Las tropas de Robledo se pasean triunfales por los lugares en que ahora nos hallamos, y en que más tarde seguidor suyo coloque la piedra prima para esta noble ciudad.

Se descubren en seguida para la España los muy vastos territorios de todo oriente de Antioquia: las vegas de La Unión y las del Tambo; Rionegro y el Santuario reciben la visita de los españoles, los que vueltos de nuevo al Aburrá, toman ruta al noreste, y dejando lares de Córdoba atraviesan el río Cauca.

Se exploran tierras de Ituango y se prepara el valle de Ebejo para una nueva ciudad. El alma de Robledo se incorpora y en medio de gemido doloroso cava un hoyo en la tierra y alza un leño, que sirva de picota do se ejerza la Real Justicia. Ha sido Antioquia fundada y son los cuatro días de diciembre de 1541.

El cristiano ferviente.

La empresa de la conquista de tierras por parte de la Vieja España y el surgir de los pueblos en la selva descuajada, obra es inseparable y conjunta de la Espada y de la Cruz; al partir de los Palos, Colón tomó el Cristo entre sus manos y al llevarlo consigo sentó en principios la conducta que hubieran de adoptar quienes más tarde emprendieran la misión de continuar sus viajes.

Por eso cuando reyes y monarcas recogen hombres y envían bajeles veleros en conquista de las Indias, anhelan ciertamente servir a la Corona y sujetar nuevas tribus á la Madre Patria, pero ante todo pretenden levantar el estandarte del Señor y de la Iglesia, para sembrar la semilla y provocar conversión de nuevos pueblos en los sitios hollados por sus plantas.

A lo largo de sus campañas y conquistas, hará Robledo la expresión ferviente del sentido cristiano que lo anima, que forma la esencia quinta de su mística en con-

quista, y que en síntesis constituye el supremo ideal de sus fatigas, a lo largo de la selva, por montes y llanuras.

Yo comprendo en este instante mi calidad de vocero de la Historia, y debo evocar el juramento prestado en las aras de la Patria de dar culto absoluto a la verdad, pero repaso las páginas triunfales y valientes de viajes mariscales, y no puedo pasar en alto el cálido matiz cristiano con que aparecen teñidas las conquistas de Robledo, porque, al profundo sentido religioso heredado de sus mayores, aún el Mariscal la práctica real de la fe peninsular. El es dueño de una mística profunda, y en un temperamento tan candente como el suyo, es imposible no hacer externo el fuego interno que se está sintiendo.

Al iniciar sus acciones de conquista a lo largo de feraces tierras, Robledo llevará religiosos a fin de que hagan cristiana su labor creadora en la cima de la montaña; en Anserma y Cartago dejará fundados conventos de la Merced en prenda de sus intenciones, y delante del cacique no tendrá inconveniente en confesar que tiene por misión hacer vasallos de su Majestad de España, y a todos ir predicando su religión, que es la cristiana.

No es extraño, por lo tanto, que al iniciar fundación de las Antioquias, Robledo levante en alto, de madera una gran Cruz, a fin de colocarla sobre un cerro, en prenda de su confianza en Dios y en la Providencia que bendice sus conquistas, ni que el mismo indio amenace, que acaso intente quitarla del señalado lugar.

Robledo emite el hálito creador de las Antioquias, y al hacerlo protesta realizarlo en nombre del Todopoderoso, en tres personas y un solo Dios, y con el de Madre Sagrada, la Virgen Santa María. Con precedentes tan admirables como estos, no es raro por demás que dar quiera a sus conquistas el nombre de la Antioquía, que es propio de tierra siria, donde primero el cristiano empezó a llamarse asino, en nombre del Rey su Cristo, del que es asiduo y tierno hijo.

Con razón han afirmado quienes han comprendido lo inmenso del sacrificio de este joven Mariscal, que solamente un tan alto espíritu de cristiano fuera capaz de inspirarle empresa tan generosa y tan fuerte, porque ni la ambición desenfrenada de quienes buscaban tesoros en la selva, ni el anhelo de mejores glorias humanas, pueden dar razón completa de aquesta jornada inmensa, como que es el recorrido de todo el occidente de Colombia, en momentos en que se carece de vías de cualquier clase, y en que a cada recodo del camino es preciso hacer frente al indio armado, que reacciona sobre sí mismo ante el pisar inaudito de la planta del hombre blanco, que pone pie en sus dominios o en tierras de su Señor.

Yo no quiero seguir citando los lugares de la epopeya mariscal en que abundan los brotes de espíritu cristiano, porque a mi juicio los recorridos definen claramente su alto temperamento de místico y creyente, que no siente ambages en practicar su creencia, de los suyos en presencia. Me basta recordar últimamente la invitación a los suyos para doblar las rodillas a fin de dar a Dios gracias por tan grande beneficio, ante la Cruz redentora que fue hallada en el camino, para pasarme unos años adelante y situarme en la loma del sacrificio del Mártir, donde es posible apreciar en forma más probadera lo grande de su creencia y lo inmenso de su fe.

¿Quién es este varón admirable de conquistas que en espera del instante tremendo de regar con su sangre la loma andina, musita salmos graduales con fervor de corazón y unido al Real Profeta, pronunciando está el salmo de esperanza y el cántico de fe en mejores días?

¿Quién es éste que recibe de muerte la cruel noticia, implorando al Señor del cielo perdón para el enemigo y aceptando la sentencia en prueba de expiación por sus posibles pecados, y tiene pesar de corazón por las ofensas irrogadas a su Dios a lo largo de su carrera marcial?

¿Quién, sino un hombre de tal elevada grandeza espiritual bendice al Dios de sus padres al saber la inmolación en aras de su conquista, e impetrando al sacerdote la absolución de sus culpas, se doble serenamente ante el garrote del crimen que a tronchar va su existencia y privar va a los suyos de la lumbre perenne de su ejemplo?

Yo no tengo la menor duda de que Robledo en Conquista y Sucre en la Independencia, los dos grandes mariscales por designación honrosa, sean los mejores valores de la austera moral del Cristianismo en la Historia Colombiana, y admito con razón que la posteridad quiera llamarlos el Mariscal de Ayacucho y el de la Antioquia Cristiana, atenta a su viva fe, candente como una antorcha, y su privada moral tan limpia como las aguas de los torrentes que bañan las breñas tan montañosas de las tierras conquistadas por ellos y sus espadas.

Camino del dolor.

Siempre he creído que el acto fundador de Antioquia constituye en esencia para Robledo el culminar de su gloria y la cima de su grandeza. La suerte fiel que hasta entonces le ha sido favorable, parece que va cambiando y señalando dolores. En el futuro tortura sobre tortura su historia irán escribiendo, y solamente las honras que la España le confiera, lo alentarán parcialmente a fin de seguir avante adelante con su marcha hasta el ascenso del monte del dolor y la entrega y hasta la cima del Pozo, donde su sangre virtiera.

Explorados ya Ebéjico y Noris, descubiertas tierras de Peque, Robledo toma ruta del Caribe, transita tierras de Abibe, bordeando sigue el León para caer al Darién, en pueblo de San Sebastián. Allí cadenas le aguardan, la zaña de los Heredias que llamándolo usurpador lo acusan y lo calumnian. Robledo apela ante España y con objeto de justificar sus hechos ante la Corona, zarpa al fin de Cartagena en los principios de mayo de mil quinientos cuarenta y dos.

Los efectos de su viaje oportuno no se hacen mucho esperar: se ordena que sean devueltos los bienes de los Heredías y de nuevo se le permite regresar hacia la América. Y en 1544, en conjunción al título de Condestable, recibe el de Mariscal de la Antioquia conquistada, que es solamente otorgado a sujetos calificados capaces de hacer justicia, que se han mostrado capaces por su prudencia y firmeza. Se le otorga escudo de armas con tres torres simbólicas de las ciudades fundadas, y león representativo de los caciques vencidos. Igualmente se da a su Antioquia auténtico escudo de armas, y título de ciudad, prerrogativas y gracias.

Entretanto Benalcázar sigue el rumbo de las glorias del Mariscal en España, y el furor ya concebido contra el infante Robledo, aumenta sin medida hasta que le hace exclamar que hará defender su tierra con la lanza entre las manos, si necesario se hiciese.

Designado por Armendáriz gobernador de sus tierras, Robledo a Antioquia regresa por el golfo de Urabá, funda el pueblo de Santa Fe, y sigue con rumbo al Pozo, donde le espera la muerte.

El mártir del Pozo.

Acaso ninguna de las aureolas que tan gloriosamente circundan las frentes del Mariscal sea para él tan gloriosa como esta de su sacrificio en las lomas de cuesta andina. El martirio de Robledo estaba determinado hacía ya mucho tiempo por la envidia de su mejor amigo el Adelantado. La tragedia era ya inevitable, y las circunstancias de cada día iban creando un ambiente que dejaba presumir muy pronto el desenlace trágico de la epopeya conquistadora de esta Antioquia.

La ley y la moral estaban en franco desacuerdo, y esta profunda diferencia habría de hacer correr sangre española en la escarpada loma. Se invocaba de buena fe un derecho que no era verdadero y con franca honradez se aspiraba a gobernar una comarca, sobre la cual tendía sus dominios, ajeno gobernador desde el sur. Se

ponía en campo de disputa un predominio real, y los derechos legítimos sobre extensiones de tierras se sentían lesionados. Se había hecho la dispensación de un cargo autoritario sin fundamento legal, pero había sido recibido y empezaba a ejercitarse con la mayor buena fe. En decir de un historiador, se oponían dos banderas y se travaba lucha abierta entre dos hombres, en la cual perder habría el generoso, el noble y el atemperado, para triunfar el fiero y tenaz, y este choque habría de culminar en lo más alto de las sierras antioqueñas, con el derramamiento de la sangre noble que purpuró la cresta andina, y entregó a los honores de la Historia el nombre de la serranía que rubramente teñida apareciera al final del humano sacrificio.

El Mariscal está con los suyos en las alturas del Pozo, por ser sitio escarpado y propio para la defensa; se han enviado comisiones hasta la nueva Cartago, donde está el Adelantado, y la demora en volver no ha servido sino para acrecentar el desconcierto ya grande de Robledo. Las promesas de antigua lealtad han dejado ya de ser, y tropas del Adelantado han conseguido situarse en las mismas cabeceras de la loma, donde se encuentra Robledo.

Se aprovechan entonces las tinieblas oscuras de la noche y se sube la loma con la luz de los hachones, mientras descansan tranquilos el Mariscal y los suyos. Robledo al despertar se encuentra circundado, comprende que ha perdido la batalla, y hace entrega inmediata de sus armas, tratando de evitar tragedias ulteriores. Se echan cadenas hasta en los brazos de un clérigo español, y en seguida se informa al Mariscal que ya está escrito el decreto fatal del sacrificio. Don Jorge pide auxilios, el sacerdote lo absuelve, hace entrega testamentaria, pide un salterio y reza los salmos con ejemplar fervor; perdona a sus enemigos, pide misericordia para su esposa, a quien pone en los brazos de María, consuela a los subalternos que lloran con amargura, a Dios pide perdón por sus pecados, y arrimándose al es-

tante de la casa, recibe del verdugo el cruel golpe de garrote que troncha su existencia y da cuenta de su vida meritoria.

El cuerpo cae exánime, el alma sube hacia Dios y rueda la cabeza ante el golpear implacable de la espada de un plebeyo, que no ha tenido respeto por el caballero hijodalgo. Son los cinco días de octubre, y el almanaque señala el año de mil quinientos cuarenta y seis en la etapa de Cristo Nuestro Señor.

Algunos soldados que han querido ser fieles al más grande mariscal de Antioquia, piden tiempo y licencia para inhumar el cuerpo exánime en la vecina capilla, mas se les niega. Los cadáveres de las víctimas conjuntamente son sepultados en pajiza choza de indios, a la cual los soldados prenden fuego para evitar que los salvajes puedan faltar al respeto debido a los cristianos muertos, pero en vano, porque se les exhuma al partir los ejecutores, y villanamente se les devora como a cualquier presa: tan triste vino a ser la memoria de quien no tuvo en la vida más delito que abrir tierras libres, fundar ciudades al toque de su vara peregrina, y realizar la humanidad cristiana en su más amplio sentido, a través de sus relaciones con el cacique y el indio.

* * *

Inmensa fortuna para la gloria histórica del Mariscal es el vivo reconocimiento que la posteridad haya hecho de sus méritos y valimientos, y su memoria ha podido pasar a los anales de la historia tan limpia e inmaculada, como pudiera pasar la del mejor de los hombres de la Conquista. La ausencia del peculado en su conducta es cosa ritualmente comprobada, a pesar de la mala fe de algunos biógrafos parcializados, y la inhumana conducta del Adelantado.

Con razón pudo afirmar el sereno historiador González Suárez que Benalcázar había inmolado en Robledo una víctima a sus propias pasiones, al condenarlo a

la muerte, no por fallo imparcial de la justicia, sino por cálculo vil de personal ambición.

“Ninguno de los héroes de aquel siglo — dirá el señor Piedrahíta — procedió con menos codicia en las conquistas, que Robledo. Ninguno se le aventajó en valor por los descubrimientos. Cumplía firme las paces que pactaba, y fue siempre templado en derramar la sangre en los encuentros”.

Algún otro historiador contemporáneo — al tratar de establecer paralelo entre Robledo y Valdivia, conquistador del pueblo de Chile — dirá sin ambages del Mariscal que “tuvo una generosidad a veces principesca, como lo prueba la manera como siempre obsequió a sus soldados y amigos, y como lo demuestra la constancia que tuvo en los peligros, y la grandeza de alma manifestada en los más álgidos instantes de su vida”.

Era Robledo benigno con los naturales y tenía un alto sentido humanitario que le permitía ajustar su vida al más alto sentido de justicia, haciendo siempre ostensible su inclinación natural por la piedad y la benevolencia. De él podrá afirmar con razón un ilustre poeta colombiano, que “ha sido humanitario y persuasivo, y que ha ablandado su temeridad ante el dictado de una política conciliadora, que, a más de la sumisión de las tribus, le ha traído el homenaje de caciques enojados”.

* * *

El drama intenso del Pozo, aunado al que siglos más tarde tuviera efecto en la choza pajiza del Santuario, sintetizan y resumen de manera admirable la más cruenta tragedia de esta Antioquia virgen. Cada uno representa una etapa de nuestra vida civil y en cada uno se registra la inmolación de un fiero león, de gallardas actitudes y valientes pasos. Dos hombres tan plenos de juventud y de grandeza, testigos de inmensas epopeyas y de escenas grandiosas, amigos de los grandes hombres y colaboradores suyos en las grandes empresas de la

Patria, en los cuales sin embargo es fácil adivinar un gesto de rebeldía contra los jefes supremos.

Colocado en la gama americana, Robledo aparecerá arrojado como Bolívar, generoso ampliamente como Valdivia el chileno, inmaculado como otro Sucre, cristiano como Cristóbal, valiente como los Córdobas, gallardo como el de Apure, magnánimo como ninguno.

La entrega generosa de su sangre es emblema glorioso de la pura libertad de que hoy gozamos: su ejemplo gallardo ilumina el futuro de esta tierra y perfila los hechos salientes de la Historia. La loma donde se rinde el león se convierte en histórico lugar y no en cualquiera, sino en sitio saliente: los labios del niño colombiano pronuncian con respeto el nombre de Jorge al estudiar las primeras lecciones de historia, y la Cruz levantada en la montaña, ostenta en el cruce de sus brazos una gema rubricada, que representa la sangre redentora del Mariscal de esta Antioquia.

Qué bello y generoso el drama conmemorado este día tan esperado de todos, y qué altiva la entrega de esta sangre joven que, derramada a través de la montaña, fertiliza los umbrales nacientes de este pueblo, y siembra en las generaciones el semen de la lucha. Qué limpia y gallarda, ondula la bandera paseada a lo largo de esta Antioquia por plena selva virgen, entre el fraguar de las tribus y el batir de las espadas.

La jornada del Pozo es gloriosa para la Patria y de modo inmarcesible, consagrada ha de permanecer en nuestra historia civil. Del Corral encontrará en Robledo el precursor auténtico de sus conquistas, y ambos a una, en conjunción gloriosa, forjarán para siempre, en el correr de los tiempos y en el yunque de la batalla, las líneas definitivas de este pueblo tan glorioso y activo, tan grande y tan estupendo, tan tenaz y gallardo en las empresas, como bueno y humano en las victorias.

Yo creo que la posteridad podrá mirar tranquila hacia el Calvario de Pozo, y cuando vuelva los ojos con profundo fervor hacia las cumbres unguidas por este fie-

ro león, contemplará emocionada la efigie colosal del Mariscal de esta Antioquia en la montaña del Cauca, mirando hacia el porvenir en actitud gallarda de soldado batiente, que contempla con su mirada guerrera los más amables pedazos de sus entrañas tan buenas, que son Cartagos y Antioquias. Y al extender magnánimo los brazos hacia ellas, unirá en admirable conjunción el alma toda y la vida de estos dos pueblos altivos, tan grandes y tan distintos, cada uno de los cuales conservará intactos los rasgos espirituales de quien diera en otro tiempo el firme inicial llamado que los trajera a la vida.

Abiertos los bosques y despejadas las selvas, está abierto el camino y despejada la ruta: que venga la libertad. Conquistado este pueblo por brazo mariscal, se ha puesto ya al descubierto de su raza el dinamismo, el empuje de sus entrañas. Ya no falta sino que el manto de la libertad suelte sus pliegues y cubra glorioso las arrugas de nuestras montañas.

La semilla cristiana, caída ya en el surco y bendecida con admirables presagios, podrá crecer lozana con el tiempo, y cuatro siglos de vida la cuenta darán rendida del sacrificio crecido de este puño de gigantes, que encuentran en nuestras cumbres el más admirable efecto de sus puros ideales, de expansión y de conquista.

Salve, gallardo Capitán de pueblos,
 Generoso y fiel padre de ciudades.
 Salve, supremo Mariscal Robledo.
 Salve, jefe y soldado... Salve, salve...

Juan BOTERO RESTREPO, Pbro.

Miembro de Número de la Academia de Historia.

La gloria del Mariscal

Palabras con que el Dr. Fernando Gómez Martínez inauguró el busto de Jorge Robledo, en la plaza del barrio de su nombre.

La Academia Antioqueña de Historia y la Junta de Festejos Patrios vienen a hacer entrega, por mi conducto, a la Sociedad de Mejoras Públicas de este barrio, del busto que representa al Mariscal Jorge Robledo. A buenas manos queda encomendado, puesto que vuestra solicitud requirió de la Academia que se os hiciera partícipes del homenaje que habría de rendirse al fundador; y en buen sitio lo dejamos, dominando el valle que contemplaron sus ojos cuando asomó a la cordillera; junto a la vía que recorre los sitios por él recorridos y que nos lleve al mar; entre ciudadanos que se honran honrándolo y que enaltecen su nombre.

No he de hacer os relato de sus heroicas hazañas, de su valor de soldado, de la trayectoria de sus empresas como descubridor y fundador. Pocos como él participaron en la fundación de tantas ciudades, y libraron tantos combates, y recorrieron tantos caminos, y ganaron tanta gloria. Ahí está su obra: Cartago, Anserma, Santa Fe de Antioquia. Sobre tres Departamentos quedó impresa su huella.

Aquí en Antioquia fundó un pueblo. Qué cosa más sencilla. Un pueblo no. Recordemos que, ambicioso, fundó desde luego una ciudad. Pero el llamarla así no le concedía mayor importancia. Pueblo o ciudad, ahí no había más que unas cuantas chozas, ni más gente que ochenta y cuatro soldados. Pero esa ciudad fue fecunda. Madre Eva de una raza. Yo no la com-



**Busto del Mariscal Jorge Robledo, en la plaza del
barrio Robledo, de esta ciudad.**

paro al grano de mostaza del Libro Santo, que fue primero leve tallo, y después arbusto, grande árbol más tarde, hasta que cubrió con sus ramas la tierra y albergó en su ramaje a las aves. Finjamos la parábola en otra forma: una hoja sobre el muro, que ha fijado un hombre. De ella nace una segunda hoja, y después otra y otras. Ya es una rama que toma a la derecha, a tiempo que otras van agarrándose hacia arriba, hacia la izquierda y hacia abajo, como un reloj de verdura. Juntándose, apretándose, las ramas van cubriendo el muro. Un día varias hojas al tiempo tocan la barda, cubren las tejas, y doblando la línea empiezan el descenso del otro lado. Tal el milagro de la colonización.

Así miro la fecundidad de la pequeña ciudad de Robledo. Cualquier mañana empezó el éxodo hacia el valle del Rionegro y de la Marinilla; después hacia Zaragoza, sobre placeres de minas. Una mañana nueva, y las gentes marchan hacia el Chocó. Un siglo, y sientan sus reales en este noble sitio, y brotó Medellín como un milagro. Otro, y los colonos cubren el suroeste y el sur. Sigue la invasión: los renuevos trepan hasta el páramo del Ruiz, y descienden al Quindío. Todo está cubierto ahora en las dos cordilleras y entre los dos grandes ríos paralelos. Y esta es la hora en que nuevas ramas de la estirpe cubren suelos del San Jorge y del Sinú, mientras otras traspasan el muro occidental y van descendiendo hacia el Valle del Cauca.

Prodigio de fecundidad. Donde no había en el inicio más que aquellos ochenta y cuatro hombres, moran hoy dos millones. Donde no había más que soldados, aparece una cultura en cien colegios y cuatro universidades. Donde no había más que el humo de unas fogatas para asar la carne silvestre, hoy se irguen cien altas chimeneas. Y donde no hubo al principio más que una tosca cruz sobre una loma, hoy se elevan cinco catedrales.

Jorge Robledo le imprimió a la conquista un sentido humano. Todos los historiadores y cronistas están

conformes en mostrarlo noble, magnánimo, piadoso, conciliador. Los indios tuvieron en él al amigo, al protector, cuando no traicionaban su buena fe. Su misma muerte fue resultado de ese espíritu. Iba en busca de su enemigo, porque no quería guerrear. Pero al par que piadoso y conciliador, valiente. Fuerte el brazo y ardoroso el corazón.

Su muerte es una página de ignominia que siempre reprobará la historia. Si cayó por sorpresa en manos de su terrible enemigo, nada justificaba el matarlo. Y menos matarlo a vil garrote a él, noble, caballero e intrépido.

Pero la justicia humana no siempre falla. Al cabo de cuatro siglos de sacrificado, su nombre es honrado por pueblos y su estatua señorea plazas. Veneramos su memoria. El relato de su gesta corre en hidalga prosa. Para su glorificación se congregan las gentes.

Quién le hubiera dicho al implacable Adelantado, tan valeroso como cruel, que cuando levantó la cabeza de Robledo sobre una pica, en la Loma del Pozo, la erigía como el remoto símbolo de una estatua. Y aquí la tenéis: en lugar de la sangrante masa en torno a la cual revolotearon los buitres, la noble testa en bronce perenne que circuye la fama y sobre la cual hay lumbres de gloria.

Os la dejamos para objeto de vuestra veneración, niños y ciudadanos de Robledo.

Fernando GOMEZ MARTINEZ.

Acta Nro. 96

SESION SOLEMNE DEL DOCE DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y SEIS

En el Aula Máxima de la Universidad de Antioquia, a las ocho y media p. m. del día indicado, se reunió la Academia Antioqueña de Historia en sesión solemne, de acuerdo con el reglamento, para celebrar la fecha clásica del Descubrimiento de América y con el fin de adjudicar los premios a los vencedores del concurso poético abierto por la Academia en asocio de la Junta de Festejos Patrios, con motivo del Cuarto Centenario de la muerte del Mariscal Jorge Robledo.

Al acto asistió como invitado de honor el señor Director de Educación Pública, doctor Antonio Osorio Isaza, y también varias distinguidas damas de nuestra sociedad. Estuvieron presentes los siguientes académicos: doctor Emilio Robledo, quien presidió; doctor Joaquín Emilio Jaramillo, don Enrique Echavarría, Presbítero don Jesús Mejía Escobar, don Carlos Arturo Jaramillo, Reverendo Padre Carlos Salcedo, doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, doctor Julio César García, doctor Fernando Gómez Martínez, doctor Antonio Gómez Campillo, don José Solís Moncada, don Abel García Valencia, doctor Samuel Barrientos Restrepo, doctor Samuel Arturo Mesa Posada, don Abraham González, don Bernardo Uribe Muñoz y el suscrito Secretario.

Abierta la sesión, se dio lectura al acta de la sesión extraordinaria celebrada en Santa Fe de Antioquia en el Palacio Episcopal, en unión con el Centro de Historia de esa ciudad, para conmemorar el Cuarto Centenario.

nario de la muerte del Conquistador de Antioquia, Mariscal Robledo, y fue aprobada.

Comunicaciones.

Se leyeron las siguientes:

Un oficio de la Academia Colombiana de Historia, en el cual esa alta Corporación se asocia a la conmemoración de la fecha cuatri-centenaria de la trágica muerte del Mariscal Robledo;

Un oficio del señor Secretario del Honorable Concejo Municipal de Cartago, en el cual se felicita a la Academia por su labor tendiente a enaltecer la figura del Mariscal Robledo;

Un oficio del señor Presidente del Centro de Historia de Tunja, en el cual agradece la proposición aprobada por la Academia con motivo del fallecimiento del miembro de número de esa Corporación, señor Canónigo don Cayo Leonidas Peñuela;

Una nota del señor Director de Extensión Cultural y Propaganda Pedagógica de Tunja, en que anuncia la inauguración de la Biblioteca Departamental y solicita a la Academia su cooperación; y

Un oficio de la Honorable Asamblea Departamental de Antioquia, en el cual se transcribe la proposición aprobada por esa alta Corporación en homenaje al Mariscal Robledo y su correspondiente exposición de motivos.

Informes.

Acto seguido, el Secretario leyó el informe de las labores de la Academia en el período pasado.

Informe del Concurso. — A continuación el socio Abel García Valencia leyó el informe acerca del concurso poético del Mariscal Robledo, y en el cual fueron premiados los siguientes trabajos: **Brochazos**, con el seudónimo "Córdoba", correspondiente al nombre del se-

ñor don Guillermo Tejada; **La semilla triunfante**, con el seudónimo "Silvestre", correspondiente al señor don Alfonso Lopera, y **Jorge Robledo. Poema del Mariscal iluminado**, con el seudónimo "Cromos 33", correspondiente al nombre del señor don Carlos Castro Saavedra.

Presentes sus autores, leyeron sus respectivos trabajos, en medio de los aplausos y felicitaciones de los concurrentes.

Para terminar, se repartió el último número del "**Repertorio Histórico**", órgano de la Academia.

A las nueve y media p. m. se levantó la sesión.

El Presidente,

Emilio ROBLEDO.

El Secretario,

Luis Sierra H.